

## HOMENAJE A DON RAFAEL ORTEGA Y SAGRISTA

Por Enrique Toral y Fernández de Peñaranda

### SUMARIO

*Destaca el amor del homenajeado hacia Jaén y las cosas giennenses, tras presentar una breve genealogía y biografía suyas. Fue un investigador infatigable, ameno en su estilo, y de una honestidad acrisolada; asimismo, un ferviente católico y muy enamorado del campo, una personalidad atractiva, original y buena.*

*Por último, se analiza detalladamente su obra póstuma Escenas y Costumbres de Jaén, volumen segundo, editado por el Instituto de Estudios Giennenses.*

### SUMMARY

*There is not only an emphasis on the person being honoured and his true love for Jaén and everything connected with his town, but his brief genealogy and biography.*

*He was a tireless researcher, with a pleasant way of writing, and pure honesty. He was also a fervent catholic with a real love for the countryside. In fact, he was an attractive, original and good personality. His posthumous work is analysed with full details, Escenas y costumbres de Jaén, second book, edited by The Instituto de Estudios Giennenses.*

\* \* \*

**E**XCELENTÍSIMOS e ilustrísimos señores y señoras, compañeros de este Instituto (\*).

Nos reunimos hoy para tributar nuestro homenaje y recuerdo a nues-

---

(\*) Conferencia pronunciada en el homenaje póstumo a don Rafael Ortega y Sagrista en el Aula de Cultura de la Excma. Diputación Provincial.

tro llorado consejero, Rafael Ortega y Sagrista, a la par que presentamos su obra póstuma, la segunda serie de sus «Escenas y costumbres de Jaén».

El Instituto de Estudios Giennenses me ha designado para ello.

Esta designación que tanto me honra, se debe sin duda no sólo al multiplicado parentesco que nos unía, sino más bien al recuerdo de una estrechísima amistad, a un cariño mutuo y a la admiración que sentía por su persona y por su obra. Ambas son ya inseparables en este momento, ya que si bien la obra permanecerá siempre, la persona puede palidecer con el tiempo, hasta casi desvanecerse, cual sucede con casi todas nuestras glorias locales, de las cuales, poco o poquísimos sabemos de su contingencia vital; en suma, intento buscar, ya, al hombre que hay detrás de cada libro.

Si seguimos la tesis de Ortega y Gasset de que el hombre es él y su circunstancia, debemos establecer cuáles fueron las que influyeron en la formación intelectual de Rafael Ortega; tratar de explicar, en suma, cómo se formó una personalidad tan atrayente, tan original y tan buena.

En primer lugar, su amor por Jaén. Él mismo nos lo dice en el prólogo a la serie primera de esta obra sin par que hoy nos ocupa:

«Pertenezco a una familia que es de Jaén por los cuatro costados, que se ha sentido siempre muy unida a la capital y a su campo que la hermosea», y como consecuencia lógica añade:

«Por eso he vivido las costumbres de nuestra tierra, las he respetado y me place guardarlas y contribuir a su divulgación».

Efectivamente: estos cuatro costados —y muchos más, por supuesto— están significados por los apellidos, Ortega, Sagrista, Nieto y Bonilla.

Los Ortega, oriundos de la villa de Torres, tras una pasada por Alcalá la Real, se avecindaron en Jaén en los primeros años del siglo pasado. Dedicados a negocios las primeras generaciones, progresaron en otra dirección y su descendencia de hombres de bien, que como médicos, farmacéuticos, abogados y otras profesiones liberales, sirvieron sencillamente desde sus puestos a la patria. Son palabras de Rafael en un artículo sobre la estancia de Isabel II en Jaén.

Los Sagrista, manresanos dedicados al comercio y fabricación de tejidos en gran escala con agencias en Cádiz y Veracruz, se vincularon a Jaén con el matrimonio que en 1818 contrajo don Manuel Sagrista y Nadal, Soler y Miralda con doña Florentina de Bonilla y Salido, Salido y Fernández de Velasco.

Los Nieto eran una distinguida familia de Jaén que ocupó importantes cargos en la curia.

Y finalmente los Bonilla, de varonía Rojas, vecinos en el siglo quince de Porcuna y en el dieciséis de Jaén por el matrimonio de Juan García de Rojas con doña Micaela de Bonilla, biznieta del famoso doctor en ambos derechos don Diego Sánchez de Bonilla, tan elogiado por Ordóñez de Cevallos-Ximénez Patón, de quien tomaron el apellido.

De este abolengo de Rafael, de hombres de bien por todas las ramas, como él decía con justicia y propiedad, pasamos al matrimonio que contrajeron el doctor don Ricardo Ortega Nieto, de tan grato recuerdo para todos los que le conocieron y amaron, por su bondad, sus grandes conocimientos médicos y su talante liberal, con doña Isabel Sagrista de Bonilla, del que provinieron cuatro hijos, todos varones, Ricardo, Rafael, Eduardo y Enrique. Todos recibieron una educación quizá insólita para los tiempos que corrían (Rafael nació el 13 de enero de 1918), ya que sus padres, católicos practicantes, confiaron parte de su educación a profesoras suizas, alguna protestante de religión. El ejemplo paterno y el de estas señoritas contribuyó a que todos fueran, sin mengua de personales opiniones y creencias, tolerantes con todas las manifestaciones de la vida, tanto políticas como religiosas, pudiendo incluso afirmarse que en este segundo aspecto, su educación se adelantó a la que fue consagrada felizmente en el Concilio Vaticano Segundo.

La segunda circunstancia vital de Rafael Ortega fue la de observador, completada con una felicísima memoria, de suerte que con casi setenta años, recordaba nítidamente sucesos que había presenciado a los cinco años, como la cogida mortal del novillero «El Señorito», que sucedió el quince de agosto de 1923.

A estas dotes de observador, habría de unirse su curiosidad y su interés por retener cosas pasadas. Así, cuando subí a la Granja Agrícola, a ver a su abuelo paterno, don Eduardo Ortega Navarrete, llevaba consigo un cuaderno de notas, donde escribía cuidadosamente, con su magnífica letra, cuanto le contaba aquel anciano inteligentísimo y venerable, que había estudiado la carrera de Farmacia en Granada, y regentara durante sesenta y dos años la farmacia del Hospital de San Juan de Dios, siendo el primer químico que analizó las aguas potables de Jaén, y dio a conocer entre la clase médica el bacilo de Koch, y que falleció con casi noventa y tres años en abril de 1947, en la madrugada del Viernes Santo.

Sería injusto omitir en esta relación de los que tanto influyeron en su

formación a otro venerable anciano, el prócer don Lorenzo de Llauder y de Bonilla, quinto marqués del Valle de Ribas, nuestro tío, que dotado también de buena memoria nos relataba en su casa de Madrid, en presencia algunas veces de don Antonio Almendros Camps, de don Ángel Cruz Rueda, de don Antonio Alcalá Venceslada, de don Vicente Montuno, y de otros muchos, mil cosas del Jaén de sus mocedades, en especial de las corridas de toros y de su participación destacada en las funciones teatrales de un grupo de aficionados. Algunos de estos recuerdos se publicaron, aunque mutilados, en «Paisaje» y en «Jaén», y otros permanecen inéditos, al igual que casi todas sus poesías.

Más la circunstancia que más influyó en su vida literaria fue la de su madre, doña Isabel Sagrista de Bonilla. Cuentan cuantos la conocieron de soltera y de recién casada de su serena belleza y de su suprema distinción; de la pareja ideal que formaba con su marido; de la amargura de verle morir en plena madurez en los trágicos días de nuestra desgraciada guerra civil, y de cómo supo, después, conservar su patrimonio y completar la educación de sus hijos menores.

Pues bien, Isabel transmitió a sus hijos, singularmente a Rafael, su amor por Jaén, refiriéndonos en largas conversaciones cosas de su mocedad y de la sociedad de su tiempo, todo con un gracejo que cautivaba a cuantos la oían, no exento por cierto de algo de amargura al contarnos algunos sucesos. Quiero aquí tributar mi homenaje sincero de cariño y admiración a tan excepcional figura de Jaén, dedicándoselo especialmente a sus hijos Ricardo y Eduardo.

Todo este conjunto de circunstancias moldearon al Rafael, investigador, escritor, funcionario ejemplar, católico por sentimiento y raciocinio y hombre de campo.

Investigador lo fue siempre. Primero en el rico archivo familiar que vino a sus manos a la muerte de su abuela materna, doña María de Bonilla y de Bonilla, donde había infinidad de papeles y documentos curiosos, primordialmente de los Aguirre y los Sagrista.

A través de estos documentos, pudo darse cuenta de la calidad hondamente humana de don Manuel Sagrista y Nadal, y comprobar que la tabla consagrada a su memoria en la Santa Capilla de San Andrés, era poco en relación a sus logros, a través de varios años de lucha incesante y de la publicación de tres libros de alegatos jurídicos e históricos de salvar de la desamortización esta Santa Institución tan arraigada en Jaén. Siempre tenía en mente el escribir una biografía documentada de este nuestro ilustre ante-

pasado, pero no lo hizo por un exceso de delicadeza, no creyera alguien que si elogiaba a esta figura era por ser su descendiente. Pero uno de sus últimos escritos, poco antes de su muerte, cuando las vanidades humanas y la crítica de otros ya no importaban, fue precisamente una nota biográfica de don Manuel Sagrista y de su nieto el teniente coronel de Estado Mayor don Rafael Sagrista y Aguirre, su abuelo materno.

Y, naturalmente, de los papeles existentes en su casa pasó a los Archivos de Jaén.

Algo cuenta de esta investigación en el folleto «La Reconstrucción de las Galerías altas de la Catedral de Jaén», escrito en colaboración con López Pérez.

En el capítulo dedicado a los archivos catedralicios debido a su pluma, nos dice cómo el diocesano estuvo a punto de perecer en nuestra guerra, perdiéndose numerosísimos legajos conteniendo miles de documentos.

Trasladado nuevamente el archivo a la Catedral es cuando —dice— «comenzaron a trabajar en él don José Antonio de Bonilla y Mir, don Enrique Toral y Fernández de Peñaranda y don Rafael Ortega Sagrista, aprovechando las horas libres y los días festivos. Era el primer paso hacia una futura, total y sistemática ordenación».

Algo puedo y debo agregar. Los legajos estaban colocados en unas altísimas estanterías que se vencían con el excesivo peso y sólo se podía subir a ellas por una temblante escalera. La luz, escasa, entraba por una ventana sin cristales, de suerte que en invierno hacía un frío que sin exceso en la calificación podíamos llamarlo «glacial» y en verano un calor insoportable.

Así es que Rafael y yo —perdonad este yo— nos subíamos en lo alto de los estantes y bajábamos al suelo los enormes legajos. Nadie sabía lo que contenían, porque los expedientes se habían atado, sin seleccionar, teniendo en cuenta solamente el alto de los entropaños.

Ya en el suelo, hacíamos una primera ordenación. Pleitos de capellanías por un lado, expedientes matrimoniales y de órdenes sacras por otro, pleitos decimales...

Así que nuestra actividad era doble; primero de mozos de carga y luego de investigadores del contenido externo de los expedientes (la verdadera investigación vendría después). Ni qué decir tiene la alegría de Rafael al encontrar varios expedientes de cofradías cuya historia quería escribir.

Algo parecido sucedía en el Archivo de Protocolos notarial, sólo que allí no se podía pensar en investigación seria alguna, ni siquiera en su orde-

nación. Pese a la bondad del notario don Arsació de Prado y de su hijo sólo pudimos examinar algún que otro tomo de los que estaban más a mano.

A este Instituto y a su antiguo director, don José Antonio de Bonilla, se debe en gran parte no sólo la salvación de estos archivos, sino su excelente instalación, que permite a los investigadores de hoy, tan numerosos como excelentes, realizar sus trabajos cómodamente, sin los trabajos que pasamos nosotros y que dimos entonces por bien empleados.

Fruto de estos trabajos de Rafael fueron, entre otros muchos, la Capilla de los Moya en la parroquia de la Magdalena, Vandalvira y su familia, los Reyes Católicos en Jaén y Colón, la visita a Jaén del rey Felipe IV, y recientemente su monografía sobre las casas del viejo ayuntamiento, aparte de los que dedicó a historiar sus amadas cofradías.

Caballero Venzalá nos dice que como investigador era de una honestidad acrisolada. Rafael —añade— ha sido para nosotros un espléndido testimonio de paciente búsqueda para encontrar la verdad del pasado de Jaén.

Y así era en efecto; baste recordar que tardó cuarenta años en publicar la primera parte de su estudio sobre la Soledad. En este largo espacio de tiempo, fue enriqueciendo su trabajo original con los hallazgos que su investigación le proporcionaba, y si se decidió a publicarlo fue por la consideración de que en las tareas investigadoras es preciso hacer un alto, pues de otra manera nunca se podría publicar nada, en la espera de hallar algún nuevo documento, quizá inexistente.

Viene aquí bien la consideración de los sabios pozo y los sabios fuente. Los primeros los constituyen aquellos investigadores que sabiendo muchísimo de un tema, lo guardan para sí y, por ende, resulta estéril su labor. Los segundos comunican sus hallazgos, de suerte que se incorporan al común, e incluso se llega a perder con el tiempo su autoría. Rafael era de los segundos, y de ahí la perdurabilidad de su obra. Cosas que pocos años eran totalmente desconocidas, por ejemplo, la fecha de creación de una cofradía, están hoy al alcance de cualquiera, y eso es su mayor grandeza y el mejor título para su obra.

Escritor lo fue siempre Rafael. Ya desde muy joven llevaba su diario personal donde anotaba no sólo sus inquietudes, sino también sus impresiones del momento y notas sobre las conversaciones que mantenía sobre temas histórico-literarios.

Su primera obra la escribió en Huelva a la sazón de estar allí destinado como técnico de Hacienda. Se trata de unos temas líricos, prologados por don Melchor Fernández Almagro, y Rafael no los quiso publicar. Estas es-

tampas tienen un subido valor literario y costumbrista, ya que se refieren a una Huelva que ya sólo vive en el recuerdo, teniendo hoy el triste privilegio de ser la capital de más alto grado de contaminación atmosférica de España.

Trasladado a Jaén, pronto empezó a colaborar en *Lux Mundi*, boletines de cofradías, radio y periódicos, entre ellos el diario «Jaén» y la revista «Paisaje»; 1946 y 47 son los años de estas colaboraciones iniciales, alguna de las cuales se prolongaría hasta estos días.

Rafael dominaba como escritor el género epistolar. Cerca de cuatrocientas cartas guardo en mi archivo sobre asuntos personales, familiares, trabajos de erudición y literarios, sucesos de Jaén...

Como muestras de estilo doy las siguientes:

Merienda de carnaval.

«Ayer tarde (4 de marzo de 1984) asistí a una fiesta de carnaval en casa de las Santa María Mediano. Todos nos disfrazamos. Yo iba de cochero inglés con un manferlán muy antiguo, un bombín y bastón con puño de plata. Amparo Aponte de charlestón años veinte, con prendido de plumas en la cabeza y su marido de chulo castizo. Luisa Santa María con un antiguo vestido de dalmata bordado en oro. María su hermana con traje de su abuela en raso azul estampado en blanco y encajes. Después de retratarnos hubo una gran chocolatada con bizcochadas de las Descalzas, y un postre llamado canónigo, rodeado de natillas, que hicieron ellas y estaba exquisito. En fin, que al cabo de cuarenta y ocho años volvimos a las carnestolendas, aunque en privado».

Documento de Enrique IV (10 de enero de 1986)

«Gracias por la nota sobre la ampliación de la Feria dada por Enrique siendo aún príncipe (1453), ya que subió al trono en 1454. La “Merced” tiene triple interés: 1.º, en cuanto a la feria, que ya se celebraba, sin privilegio real, al parecer; 2.º, por cuanto se refiere al tema mariano; y 3.º, y sobre todo, porque hasta ahora, y aunque parezca imposible, es el primer documento escrito que se refiere concretamente a la Verónica o Santo Rostro. Y eso es muy importante; pues hasta ahora la prueba documental más antigua es la Crónica del Condestable, posterior a este documento de 1453. Yo no me explico cómo pese al florecimiento de la investigación, de tantos documentos como se han encontrado de comienzos del quince y anteriores, ni uno, hasta ahora, se refiera a la reliquia “que desde tiempo inmemorial se venera”, etc., pero fuente directa, que yo sea, nada anterior a la Crónica citada».

Algunas veces pienso en lo interesante que sería publicar una selección

de cartas giennenses de González López, Cruz Rueda, Alcalá Venceslada y por supuesto de Rafael Ortega.

El católico, aun dentro de las normas del Concilio Vaticano Segundo, amaba y añoraba las antiguas prácticas religiosas y el fervor por una imagen determinada. Por eso visitaba todos o casi todos los días los templos parroquiales, deteniéndose en la contemplación y en rezo ante las que tanto le gustaban, sobre todo el Cristo de la Expiración en San Bartolomé y la Virgen de la Capilla en San Ildefonso.

El hombre de campo era feliz en la Casería de San Rafael, renovada y agrandada por sus padres. Allí, él y sus hermanos pasaron los felices días de la niñez y juventud, rodeados de olivos y de almendros, con la compañía de caseros, perros, gatos y una borriquilla. En aquella paz y en su edad madura escribió muchos de sus trabajos y distraía su espíritu con la contemplación de la naturaleza, las labores del campo con el cuidado de la finca, y a este campo había de dedicar muchas de sus deliciosas estampas y las introducciones líricas a «Dibujando en Jaén» de Luis Berges.

A propósito, he dejado para lo último la consideración de Rafael como funcionario público, jubilado anticipadamente antes de cumplir los setenta, por una Ley de Medidas de reforma para la Administración, cuando contaba con cuarenta y dos años de servicios. A lo largo de éstos desempeñó puestos de gran responsabilidad con su habitual elegancia y espíritu de sacrificio y de servicio. Y digo de sacrificio porque aun siendo funcionario ejemplar, la Administración le pesaba enormemente, ya que le quitaba un tiempo precioso que necesitaba para su verdadera vocación. Por eso, y aunque lamentaba el perjuicio económico que le suponía la jubilación con enorme pérdida de ingresos, no le importó demasiado, pues a partir de ella todo su tiempo lo tenía libre. Necesito tres años, me decía a raíz de jubilarse, para poner en orden mis cosas y terminar muchos trabajos pendientes.

\* \* \*

He esbozado a grandes rasgos las circunstancias que concurrieron en la formación de Rafael como investigador y como amenísimo escritor. Réstame decir algo, que por otra parte todos sabéis, de su carácter apacible, sereno, ni una sola vez en cuarenta y tantos años le vi enfadado, de su hablar pausado, de la generosidad con que se daba a parientes, amigos y aun a los desconocidos que le pedían algún dato, de su prontitud a reconocer si había cometido algún error, siempre pequeño y sin importancia. En suma, al hombre cabal que era nuestro compañero, Rafael Ortega.

De su extensa obra, me detengo en sus *Escenas y Costumbres de Jaén*.

En las páginas ya amarillentas de periódicos locales fueron insertándose estas escenas y su publicación en libro se debió al celo de nuestro compañero y buen amigo don Lorenzo Polaino Ortega, que siendo subdirector de este Instituto le obligó a ello, bien que en la selección inevitable quedaron fuera muchas y muy notables.

El libro editado en la colección de bolsillo tiene 242 páginas, una fe de erratas, índice y once láminas. Lo dividía su autor según las estaciones del año. El invierno con catorce estampas, la Cuaresma con veinte, y doce del verano y del otoño, en total cuarenta y seis.

Entre las suprimidas figuras varias inspiradas en sucesos familiares, y en las que insertó de este carácter quitó los retratos de su antepasada doña Gertrudis de Forcada y Peralta, su abuela materna doña María de Bonilla, su madre Isabel y su padre Ricardo.

En una primera clasificación se pueden dividir en tres grandes grupos:

- Escenas familiares.
- Costumbres que conoció por relatos de familiares y amigos.
- Observaciones propias y recuerdos de su niñez y juventud.

Claro es que esta primaria clasificación no es exacta, pues a veces se mezclan entre sí.

A las primeras pertenecen: «La chimenea, el quinqué y la muchacha», «Junto a la chimenea», «Manjares navideños», «Vuelven las Golondrinas» y «La Mantilla».

Cuando publicó esta última en 1975 me decía: «Te agradezco mucho tu buena opinión sobre mi artículo titulado “La Mantilla”. Estaba escrito hacía tiempo, pero por ser tan personal no lo publiqué hasta ahora».

Sobre el valor de estos trabajos, suscribo íntegramente el juicio de Caballero Venzalá de 23 de diciembre de 1977.

«Ortega desciende a través de lo sensitivo para encontrarse con el alma de nuestro pueblo y valora todo su recio talante, y es entonces cuando la capacidad comunicativa emocional llega a su más alto grado. Entramos en comunión plena con la misma raíz, rama y razón de todo lo que aflora en la superficie».

Rafael, ciertamente, amaba lo pequeño, lo cotidiano, lo insignificante. No es que fuera incapaz de las grandes síntesis —para demostrarlo es suficiente leer sus trabajos históricos, sino que a través de lo pequeño, quería llegar al alma de las cosas y de las gentes; nuestras gentes de Jaén.

Reparar en la maravilla descriptiva que campea en «La Camarera de la Virgen», cuando concluimos su lectura sentimos la honda emoción que tanto placía al maestro Cruz Rueda.

Y también sentimos esta honda emoción en «Llegaron las Golondrinas», episodio sucedido en nuestra contienda.

Estamos en mayo de 1937; Rafael con su madre pasean por el campo: «Una casa tiene en lo alto unos arquitos muy del viejo Jaén. Allí anidaban tranquilamente las golondrinas y vivían unos emigrados con un niño».

«Paseábamos en silencio —nos dice— embriagados por el encanto de la tarde llena de sol, de placidez y sosiego, cuando nos salió al paso un niño de los refugiados. Tendría siete añillos. De una mano le pendía el tirachinas. De la otra colgaba una golondrina. Una pobre golondrina muerta, los ojos sin vida, las alas caídas, las patitas encogidas sobre la pechera blanca, como en última súplica...

Mi madre no pudo contenerse y le reprendió:

—Niño, ¿porqué has hecho eso? ¿No sabes que las golondrinas no se matan?

Y se interrumpió por prudencia. Y porque el chiquillo la atajó:

—Las mato porque dice mi padre que Dios es mentira.

Miré a mi madre. Callamos».

\* \* \*

Hoy presentamos la segunda serie de esta obra, seleccionada y confeccionada por el propio autor, que incluso señaló las ilustraciones. Quedaron fuera muchos artículos y estudios, algunos tan interesantes como su inédita conferencia sobre mujeres de Jaén; esperamos que algún día, no muy lejano, se publique una tercera serie por nuestro Instituto.

Empezamos por establecer que estas escenas y costumbres de Jaén están íntima y temáticamente soldadas con las publicadas en la primera serie, tanto que algunas de ellas son incluso anteriores a ella, y se completan con las insertadas en los dos últimos años en la revista «Senda de los Huertos» y en las Cenas Jocosas. En una de éstas publicó un delicioso apunte sobre Pepe Acuña y la Mesocracia Universal, lleno de gracia y de buen humor, no exento de respeto por aquella figura en cierto modo pintoresca, que tanto quiso hacer y no pudo por el bienestar de sus paisanos.

La ordenación de este segundo libro sigue la del primero, y además in-

cluyó otra serie denominada «De cualquier tiempo», y acertadamente señala las fechas de publicación y dónde.

El libro, magníficamente editado, está precedido de un prólogo de Caballero Venzalá. Escrito con el corazón y el alma. Con su exquisita sensibilidad nos va contando cosas de Rafael, al que trató tan íntimamente como amigo y como sacerdote. Nos dice de su amor por Jaén, del calor y ternura con que trata a los hombres, mujeres y niños; de su valoración de lo pequeño, y sobre todo nos enseña que:

«Rafael había entendido muy bien su compromiso cristiano de hacer el bien calladamente, soterradamente» y que:

«Nunca se paró para medirse a sí mismo. Tenía demasiada finura de espíritu para ser presa de la estúpida vanidad, de la tentación por el escarapate».

Nos dice que el costumbrismo giennense ya había sido cultivado de antemano por Pedro María Barrera, Alfredo Cazabán, Antonio Higuera, Alcalá Venceslada, Cruz Rueda y González López.

Yo añadiría a estos nombres el de José Augusto Ochoa en las páginas del «Artista» de 1835, y en nuestros tiempos, de los ubetenses Juan Pasquau y Antonio Millán, este último en su simpático «Diccionario Ubedí».

Siendo cierta esta afirmación y habiéndonos dejado todos los citados, escritos muy estimables, en lo sentimental y en lo descriptivo podemos reducir esta lista a uno solo: don Ángel Cruz Rueda. Rafael y yo le conocimos personalmente, le queríamos y admirábamos muy sinceramente porque era un gran escritor y una excelentísima persona.

Hay algunas páginas sobre su niñez en «Horizontes Espirituales» verdaderamente conmovedoras, escritas por cierto en una casería en la falda del monte, mirando a su Jaén.

A continuación figura una presentación del autor fechada en Jaén y febrero de 1988, en que se destaca —como ya ha ponderado Caballero Venzalá—, la sinceridad y humildad hacia su propia obra que caracterizaban el modo de ser de Rafael Ortega.

Casi pidiendo perdón nos dice que le consta que en las páginas de este libro habrá determinadas reiteraciones, lo que resulta inevitable en artículos preparados durante el intervalo de muchos años. Pero nos añade —acertadamente— que ha preferido no tocarlos, sino dejarlos en su contenido original, esperando que los lectores disculpen el defecto, ya que se trata de una recopilación de artículos y cuentecillos que carecen de un tracto

sucesivo que desarrolle un solo conjunto literario, presididos tan sólo por la idea fundamental de un costumbrismo localizado.

Según su costumbre nos habla de todas las clases sociales, desde la marquesa cuyo nombre no es necesario pronunciar, puesto todo el mundo sabe quién es, hasta los más humildes vecinos de Jaén, todos unidos por un tradicional señorío.

No falta la evocación de fiestas familiares. Asistimos a la Nochebuena con su cena especial, sopa de pescada frita, cardo de las huertas de Jaén en su jugo, choto en cochifrito y de postre la dulcera de cristal con almíbar de acero que hizo la abuelita, mantecados y alfajor casero. Otras cenas eran más complicadas. Se sacaba la mantelería de doce cubiertos de cuadros blancos y morados. De entremeses sólo unas rabaneras con sabrosas aceitunas de cornezuelo y almendras tostadas en la casa con manzanilla de la Señorita o de Argüello. De entrada una sopa muy sustanciosa de menudillos de pavo, cardo blanco con bechamel, y pavo en pepitoria guarnecido de patatas fritas y de postre alfajores de miel, mantecados manchegos y polvorones hechos en la casa muy a conciencia y a la antigua.

Es conmovedor cuanto nos dice Rafael de las abuelitas en artículo del mismo nombre. ¿Quién no recuerda con gran cariño, cuando ya peina canas, a sus abuelas, estos seres, todo cariño que presidían las mesas hogareñas y mantenían con su sola presencia la unidad familiar?

Pero también nos cuenta Rafael otras navidades más modestas, pero tan entrañables como las primeras.

Las titula «Navidades pobres». Familia humilde, modesta, con un jornal de catorce reales, casa alquilada en barrio labrador. La abuela cena con ellos. El plato fuerte era a base de bacalao encebollado, o una fuente de sardinas, boqueroncillos y tajadicas de pescada frita. Una ensalada de apio y de postre uvas negras del parral. Nada de mantecados ni de alfajor. Un aguardiente carrasqueño y unos gusanillos que salían muy finos que se hacían sobre el 21, día de Santo Tomás Apóstol, y por ello le llamaban Santo Tomás gusanillero. Eran unos fritos en aceite desahumado con matalahúva con su chispita de ajonjolí tostado y rebozados en azúcar.

Si Rafael se recrea en contarnos estas costumbres culinarias de Jaén es porque encierran en sí algo más que el simple placer gastronómico. Giran en torno a las familias, ora se trate de manjares selectos o humildes y todos ellos nos emocionan, nos conmueven, nos enamoran.

Y es que los manjares sencillos tienen su poesía y su encanto. Nos con-

taba mi padre que en su niñez en Andújar, todos los niños merendaban a diario pan tostado con una miajica de ajo y buen aceite, y que tan sólo los domingos les daban pan con una onza de chocolate hecho en la propia casa. Y nos lo contaba con el mismo placer con que otros hablarían de caviar o de otros exquisitos manjares.

Y en esto también se diferencia Rafael Ortega de otros escritores que han tratado de temas culinarios, por ejemplo, don Genaro Navarro López, que nos cuenta lenta y morosamente sobre la cocina pobre de montaña de su nativa Puerta de Segura, pero le falta el calor humano, esta relación ya apuntada de comida-familia, que caracteriza a nuestro Rafael.

Y llegamos al color.

Colores de la ciudad, colores del campo. El color es predominante en la obra de Rafael, desde las más modestas florecillas del campo a otras que merecieron el honor del cultivo. Nadie como él ha descrito los habares y las habas, deseando que algún pintor se decida a pintar un bodegón con ellas; el rojo cambiante de los zumaques, antaño industria floreciente en Jaén, cuando por el gran número de caballerías, se necesitaba mucha piel, amén de la empleada en tapicerías, colgaduras y asientos. Colores tan antiguos en Jaén que ya se mencionan en la Concordia de la Ciudad con la Casa de Torres en 1427, con la tienda de los colores, rojos, verdes, amarillos...

Contiene el volumen algunos cuentos: «Andresillo, Pascualete, los Rebuscadores...». Estos cuentos son muestra de la excepcional aptitud de Rafael para idearlos. Andresillo y Pascualete son, con sus diminutivos cariñosos, niños giennenses, tienen algo en común; la intervención en sus vidas de la providencia divina. Ambos son traviesos, juguetones. Andresillo es monaguillo, se distrae tocando las campanas y un día el volteo lo tira al huerto parroquial, no sufriendo daño alguno, contando al recuperarse del susto, que la sotanilla se había inflado de aire depositándolo suavemente en la tierra. Se trata de un suceso real, del Jaén de 1847.

Pascualete tiene una abuela a la que adora, y la viejica le toma por confidente, enseñándole el sitio en que tiene escondida una sortija con una esmeralda y su medalla de la Virgen de la Cabeza, encargándole que cuando muera la lleve al prior, para que éste la envíe a la virgen en Andújar. En posesión ya Pascualete de este tesoro tarda en ir al prior y hacerle la entrega, y al fin una tarde va, recibiendo a cambio unos anises.

Pascualete rumía en su magín si el prior la ha enviado y decide, en unión de un amigo algo mayor, ir a la romería y comprobarlo por sí mismo. Y va y al fin cree haberla visto en el manto.

A la vuelta de su escapatoria piensa en la paliza que le espera; no hay tal. Le reciben a los gritos de ¡milagro!, ¡milagro! ¿Qué había pasado? Que la noche de la escapatoria había ardido la casa por entero y al no encontrarlo lo dieron por muerto.

Este cuento, aunque Rafael no lo dice, lo presentó al certamen literario del último centenario de la Virgen de la Cabeza. El jurado, integrado por la inolvidable Paca Tejada —Gracián Quijano en el mundo de las letras—, don Carlos de Torres Laguna y por mí, decidió darle el primer premio, y nuestra sorpresa fue el ver al abrir la plica que su autor era Rafael Ortega, que por cierto ignoraba como todos cuál era la composición del jurado que se mantuvo en secreto hasta después de los fallos.

Puede ser asimismo considerado como cuento el titulado «La borrica y el perro», narración sacada de la realidad en que se demuestra cómo un perro, víctima de la brutalidad de unos niños, acabó teniendo por única amiga una borrica.

Quiero ahora llamaros la atención sobre las composiciones «La Madrugada, el Alba y la Amanecida» en primer lugar, y «Claveles y Crisantemos» en segundo.

La primera es perfecta. Nunca llegó la pluma de Rafael tan alto. Con decir que es la mejor de las mejores está todo dicho. No se puede casi resumir. Hay que leerla una y más veces, meditarla y volver a leerla.

Algo diré, sin embargo:

Empieza la madrugada diciéndonos que son tres tiempos del día que nace, que a veces confundimos y trastocamos. Son tres tiempos distintos.

«En la madrugada todavía no hay luz. Fulgor, acaso, fulgor de astros, de estrellas, un leve fulgor. Señorea la oscuridad y es hora de tinieblas...

El Alba es distinta. En el Alba hay matices finísimos... La noche ha sido vencida. Es casi imperceptible, pero se empieza a ver. Los objetos recobran sus formas. Las sombras se contraen, se achican, desaparecen. En el oriente despunta una franja, azul, verdosa. Clarea. Luces descompuestas, luces de color ceniza, agrias, indecisas. Va a romper el día... Es el día que nace.

La Amanecida es la aurora... Areboles, carmines, y los primeros soles rosados en los murallones del castillo, en las altas torres...

Y con la amanecida, con la aurora y el arrebón, llega la Alborada de los pájaros enramados que despiertan gozosos, sacuden sus plumitas y se esponjan de felicidad.

Y por todo, concluye con esta simple oración:

“Gracias Señor, por el nuevo día!».

¡Claveles y Crisantemos! Como Rafael quiso incluso en esta segunda serie esta composición publicada en el periódico «Jaén» de octubre de 1952, me creo autorizado por él a recordar sus amores, su ilusión de hombre joven enamorado, que aquí recuerda los felices días pasados durante su noviazgo, sobre todo en unos bailes de la feria; de aquí los claveles rojos y blancos. No es posible narrar con mayor delicadeza estos sentimientos tan íntimos, tan puros, que terminaron mal, y glosando el pase de la alegría de la feria a la tristeza siguiente en que hasta los jardines florecen en otoñales colores, y hay ramos de crisantemos camino del cementerio, nos dice: «También para nosotros hubo un triste despertar, y un vendaval se llevó en sus alas todo lo que a fuerza de cariño habíamos acumulado.

Dispersos y extraños, un vacío ha ocupado lo que todo fue amor. Campanas sin lenguas, caminos sin horizontes. Sólo aquellos recuerdos, como un ramo de crisantemos que florecen a fin de octubre...».

\* \* \*

Desgraciadamente, Rafael no ha podido ver impreso este libro. La enfermedad que desde hacía tiempo padecía se agravó notablemente en 1987. Sus cartas eran tristes, pero con su gran espíritu me decía en una:

«...son ya más de cinco meses y me temo que esta enfermedad sea igual que la que se llevó a mi hermano Enrique y acabe conmigo... Estoy desanimado pero despliego gran actividad que es lo mejor para distraerse y no pensar...».

Nos hicimos varios encargos en los primeros meses del actual y ambos los cumplimos. En su última carta del 20 de junio, más optimista que algunas de las anteriores, después de contarme de sus males me añadía:

«No obstante pude leer el pregón del centenario de la Expiración y enviar a la ASAMBLEA MARIANA DE LA VIRGEN que se celebró en la Santa Capilla, unas breves semblanzas de don Manuel Sagrista y otra de mi abuelo Rafael, escritas casi de memoria, pero no pude asistir y las leyeron entre las ponencias presentadas. También me han hecho otros homenajes las Cofradías de Jesús y otras. Siento que hayan venido tan tarde para haberlas agradecido mejor...».

\* \* \*

Setenta años es una vida relativamente larga, pero es muy corta cuando quedan tantas cosas por hacer, tanto por investigar, tanto por escribir. Cuando además se goza de plenitud mental y se ven las cosas materiales de la vida con la mayor serenidad.

La vida, o por mejor decir la muerte, nos va dejando solos. Cuando se produce el fallecimiento de un ser querido, sentimos dolor, angustia y depresión; mas cuando este ser querido está unido a nosotros por vínculos de parentesco, de aficiones, de sentimientos compartidos, este dolor se acrecienta, y aunque es cierto que estos seres siguen viviendo en nosotros y nos acompañan hasta el más allá, en el caso de Rafael nos consuela además el pensar que nos queda su obra, que si hoy se lee con gusto y admiración, será inapreciable instrumento a futuros investigadores y sociólogos, para saber y conocer cómo era el Jaén de 1850 a 1988, y de cómo hubo un hombre que se llamó Rafael Ortega y Sagrista, que recogió amorosamente la realidad de un vivir que rápidamente desaparece, pero que es y será piedra angular de nuestro sentir y de nuestra cultura.

Y en este recuerdo de dolor y de alegría; dolor por su muerte y alegría por la publicación de este libro, lo que todos compartimos, quiero concluir con la lectura del soneto que mi padre José Toral y Sagrista, dedicó en 1920 a la muerte de su hermano Juan, y que yo dedico ahora a nuestro Rafael:

*«Libre ya el alma, la materia inerte,  
se ha abierto esplendorosa a tu mirada  
esa verdad a la razón negada  
que abre al hombre el acero de la muerte.*

*Te libró de sufrir la mano fuerte  
que da reposo al alma desolada.  
¿Por qué gemir si es paz nunca turbada  
lo que llama el que queda infausta suerte?*

*Antes que yo, emprendiste el raudo vuelo;  
y aunque el vivo dolor de tu partida  
llena mi corazón de amargo duelo,  
aun pudiendo, mi mano estremecida  
no osaría traerte desde el cielo  
otra vez al infierno de la vida.*

Gracias, muchas gracias.